GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.

LA BATALLA DE COVADONGA.

Drama en tres actos y en verso, de grande espectáculo,

ORIGINAL DE

ENRIQUE ZUMEL.

3 actos.–2 actrices.–8 actores.



Precio 8 rs.

MÁLAGA 1854.

La Ilustracion Española, Calle Nueva, núm. 61.

GALERIA DRAMÁTICA MALAGUEÑA.

LA BATALLA DE COVADONGA.

Drama en tres actos y en verso, de grande espectáculo, original

DE

ENRIQUE ZUMEL.



Núm. 6.

Precio 8 rs.

OCTUBRE 1854.

Málaga: La Ilustracion Española, calle Nueva, núm. 61.

Aprobada por la Junta de Censura de los Teatros del reino el ... de Noviembre de 1853.

Imprenta de D. Francisco Gil de Montes, calle de Cintería, núm. 3.

PERSONAGES.	ACTORES.
Hormesinda.	Srta. Gutierrez.
Alvida.	Srta. Mitre.
Pelayo.	Sr. Zumel.
Alfonso de Cantabria.	» Castell.
Veremundo.	» Barja.
Leandro.	» Albalat.
Teofredo.	» Mazo.
Clodovinto	» Cabello.
D. Opas.	» Gonzalez.
Un Moro.	» Vivancos.

Soldados, Moros y Godos: Hombres mugeres y chicos del pueblo.

El primero y segundo actos pasan en Covadonga: el terc en Cánicas, hoy Cangas de Onis.

ACTO PRIMERO.

[In]terior de la cueva de Covadonga: al foro, la boca ó entrada en alto, [y] bajada rústica formada por la naturaleza: Un escudo en un lado.

Escena I.

Clodovinto, Teofredo *y* Godos.

[T]EOFREDO. Malas nuevas imagino
que nos traerá Veremundo,
y un porvenir desdichado
para nosotros trasluzco:
metidos en esta cueva
y tan escasos en número,
no hay duda, sucumbiremos
por los alfanges morunos,
y esta cueva, Clodovinto,
será al fin nuestro sepulcro.

CLODOVINTO. Es cierto, Teofredo, es cierto
que ya el Eterno dispuso
que nuestra raza perezca,
ó sufra el infame yugo:
mas cual buenos españoles,
si aquí do estamos ocultos
nos persigue el africano,
hacer los esfuerzos últimos.
debemos, y perecer
primero sí, que el verdugo,
no imponga el cautiverio
que á otros míseros impuso.

TEOFREDO. La traicion les ayudó:
que sinó... todo el influjo
de Alá, todos sus peones;
todos sus ginetes juntos,
no vencieran á los nuestros:
cobarde no era ninguno!

CLODOVINTO. Oh Veremundo, llegad...

Escena II.

Dichos, y Veremundo.

CLODOVINTO. Decidnos: ¿qué habeis sabido
de nuestros pobres hermanos?
logró ya el árabe inicuo
esterminarlos á todos
de la cimitarra al filo?

VEREMUNDO. ¡Pluguiera al cielo!... Los tristes,
mas quisieran el suspiro
postrimero haber lanzado,
que sufrir lo que han sufrido.
Cuando por tener noticias
abandoné yo este sitio,
tratando de convenceros,
de que vosotros activos
y mozos, útiles sois

á la patria en el peligro,
mas yo viejo y miserable
tan solo de estorbo sirvo,
salga veloz á esos campos,
me subo por esos riscos.
A la cumbre de la sierra
he llegado con ahinco,
y he visto á un desventurado
que caminaba á este sitio:
á él me dirijo, y ví sangre
que manchaba sus vestidos:
«¡esos malditos infieles,
»todo lo atropellan,» dijo:
»ellos talan y saquean;
»y arrebatan los inicuos,
»el amor á las mugeres
»y la vida á los maridos!
»De los ya vencidos godos
»maltratan los pobres hijos,
»y ya, do quier en España
»ejercen su vil dominio».

.ODOVINTO. ¡Maldicion!...

EREMUNDO. Pues otra nueva
ha llegado á mis oidos:
Ya conoceis nobles godos
por su grandeza y su brío
al generoso Pelayo
capitan de D. Rodrigo,
que segun malas noticias
que no hace mucho tuvimos,
pereció en el Guadalete
con mi desgraciado hijo.
Pues ese dejó una hermana
que en Gijon siempre ha vivido,
y hoy, en poder de Munuza,
que adora sus atractivos,
padece la desdichada
oponiendo al moro altivo,
una heróica resistencia
por conservar su honor limpio.

El manda cual soberano,
y me temo por Dios vivo,
que la infelice sucumba
al gobernador maldito.
Prisionera en su palacio
la tiene: y aquel inicuo;
aquel Andalla malvado
á quien detesta Alá mismo,
atiza mas los furores
de tan soberbio enemigo.

TEOFREDO. ¡Y no poder defenderla!...

CLODOVINTO. Si los que estamos reunidos
pudiésemos...

VEREMUNDO. Imposible!...
¿Cómo al número escesivo
de moros que le defienden
oponer hoy vuestro brio?

Escena III.

Dichos, Alfonso *y* Godos.

ALFONSO. Un sentimiento profundo,
una rabia; un frenesí,
nos hace venir aquí
á buscaros, Veremundo.
A Hormesinda desgraciada,
la quieren sacrificar:
la quiere el moro arrastrar...
ella está desesperada!
Su esposa quiere que sea;
y al mirar que á su pasion
no rinde su corazon,
rabia de furor; vocea!
Y amenaza de tal suerte
á la mísera cuitada,
que piensa la desgraciada
que está cercana su muerte.

Si no se llega á rendir,
porque no sea su destino,
no hay duda, que el asesino
la hará sin piedad morir.
Y así, en el nombre del cielo,
vuestro socorro imploramos:
venid conmigo!... Corramos
á ofrecerla algun consuelo.
Castiguemos el desman:
volemos á consolarla!
¡Procuremos libertarla
del poder del musulman!

VEREMUNDO. ¿Y qué esperas de ese arrojo?
que perezcan tus hermanos,
estos míseros cristianos
ciegos de rabia y enojo.
Que este pequeño pilar
del templo que se arruina
y que ya, tambien se inclina,
se acabe de desplomar!
¿De qué servirá el valor
en lucha tan desigual?....
Podeis al moro hacer mal,
si en fuerza es tan superior?
Y aunque de vencer prescinda:
¿pensais que en esta ocasion,
al perecer en Gijon
podeis salvar á Hormesinda?

ALONSO. No podremos, Veremundo!...
mas si llega á sucumbir
despues de tanto sufrir...
¿para qué quedó en el mundo?

VEREMUNDO. Si no puedes libertarla
del poder de ese tirano,
si sucumbe al inhumano,
quedarás... para vengarla!

ALONSO. Para vengarla!... Eso sí!...
si atropella su decoro,
la cabeza de ese Moro
cortaré en mi frenesí!

CLODOVINTO. Alfonso, tan solo amigos
en la cueva nos hallamos,
y de vivir nos cansamos
huyendo á los enemigos.
Ansiamos solo morir
del vil árabe á la saña,
por no mirar á la España
cual cautiva sucumbir.
Dános la señal que sea!
Porque á morir prevenidos,
nos verás muy decididos
lanzarnos á la pelea!...

VEREMUNDO. Presumo direis lo mismo
que siendo sin armas, pocos,
mancebos, necios y locos,
os lanzareis al abismo.
No teneis armas, ni gefe,
ni caballos, ni saetas:
legiones mandan completas
Munuza, Andalla y Jorefe.
Caudillos determinados
vencieran en esta lucha,
porque tienen gente mucha
y combaten bien armados.
¡Y que podrian hacer
un puñado de frenéticos;
hoy solo toca á los Béticos,
ó sufrir... ó perecer!
Aguardemos emboscados
á que gente decidida
se nos una en la partida
contra esos perros osados;
y entonces, sin vacilar,
yo anciano, de sangre helada,
tomaré al punto una espada
y gritaré... á pelear!....
Pero si loco marchais
á morir sin reflecsion,
á esta mísera nacion
de esa suerte libertais?...

Si todos sus hijos mueren;
¿quién luego busca su bien?
¿quién le queda entonces?... Quién!
Moros que oprimen: que hieren!...
Esperad, por vida mia,
con ánimo y con teson:
esperemos la ocasion:
la prudencia es valentia.

Edovinto *se aparta de la escena y sube á la entrada de la cueva.*

ALFONSO. Es que el corazon estalla
y morir oculto aquí!...
mas vale lidiando, sí!
sucumbir en la batalla.
Si morimos encerrados
por que nadie se nos una,
es nuestra mala fortuna
la de cobardes menguados.
Quien se esconde y no acomete
no deja de sí memoria:
¡mirad si han muerto con gloria
los héroes del Guadalete!
La misma suerte le cupo
al que era de Marte rayo:
al generoso Pelayo,
que morir lidiando supo.
El triste allí sucumbió
batiéndose como fuerte;
y con él, la adversa suerte
el noble Leandro partió.
Los dos!... Los dos perecieron:
por ellos vertí mi lloro:
al filo de alfange moro
los míseros sucumbieron.
De suerte que me confundo
y al escucharte me aflijo,
al ver que muerto tu hijo
no te exaltas, Veremundo!...

VEREMUNDO. Si doy trégua á mi furor:
si aconsejo de tal suerte
no es por que olvido su muerte;

es.... por vengarme mejor!
¿No sabes que ir á lidiar
con ese monstruo poder,
es á la muerte correr
y á Leandro no vengar?....
¿Piensas tú que con morir
y matar á algun canalla
mi ciego furor se acalla?..
no se puede asi estinguir!
(Clodovinto bajando).
Dos guerreros, hacia aquí
con presteza se avecinan;
á paso largo caminan,
y son godos segun ví.

ALFONSO. ¿Que son godos?

VEREMUNDO. ¿Si serán....
¡si por dicha falsa fué
la nueva fatal!... á fé....

ALFONSO. Salgamos pronto!

CLODOVINTO. Aqui estan!

Escena IV.

—

Dichos Pelayo *y* Leandro: *este abraza á* Veremundo *y* Pelayo *á* Alfonso: *los* Godos *los rodean: alegria general.*

LEANDRO. ¡Padre del alma!... Que por fin os veo!.....

VEREMUNDO. Hijo del corazon!....

ALFONSO. Noble Pelayo!....

VEREMUNDO. ¡No me engaña Dios santo, mi deseo!

ALFONSO. ¡No pereció por fin, de Marte el rayo!

PELAYO. No he perecido, no!... lidié cual bueno:
y al recordar los daños; los horrores
causados por el bando sarraceno,
se encienden, se acrecientan mis furores!....
Cuando vi sucumbir la triste España
y á sus bravos, sirviendo de juguete
de la indomable y arabesca saña

en la batalla atroz del Guadalete,
inútil conocí mi sacrificio:
á Leandro llamé, partí ligero;
ya paso una montaña; un precipicio,
hasta poder tomar este sendero:
y á cuantos godos por do quiera via,
con valientes consejos escitaba
del moro á sacudir la tiranía,
y en seguida hacia aquí me encaminaba.
Pronto á esta cueva llegarán algunos
ya armados de una pica, de una espada:
no los aterrarán riesgos ningunos
por batir esa hueste condenada:
pues todos al hablarme me han jurado
en esos campos que se ven desiertos,
antes que esclavos viles ser del moro
lidiar cual libres, y entregarse... muertos!

...fondo. Y todos los que ves aquí escondidos
huyendo de la furia musulmana,
estamos á lo mismo decididos.
Y sin duda la Vírgen soberana
con santa mano vuestros pasos guia,
porque infundais valor en estos godos
que ansiando sacudir la tirania,
dispuestos á morir se encuentran todos.

...FREDO. Todos, sí!... moriremos si es preciso!...
pocos somos, verdad!... Mas cada uno
valemos por cien moros, pues Dios quiso
que cobardes aquí no haya ninguno.

...DOVINTO. El anhelo de guerra nos devora:
todos, sin vacilar, combatiremos;
el yugo que nos pone gente mora,
con heróico teson sacudiremos!

...NDRO. Y pronto de otros buenos que aun ecsisten
el auxilio tendremos; y arrojados,
á esos viles que fieros nos embisten,
veremos que nos huyen derrotados.
Y aunque armas nos falten, no tememos:
el valor vencerá, en esa pelea:
y así, sin vacilar, pronto marchemos

á vencer ó morir, amigos!

TODOS. Sea!...

VEREMUNDO. Este noble furor que nos devora;
el fuego que en vosotros veo que crece
para lidiar contra la raza mora,
ya mi acabado ser rejuvenece!...
Tambien por libertad, amigos clamo:
y al recordar del árabe la saña,
en santo ardor ya siento que me inflamo
por vengar la ruina de la España.
Mas como anciano, de esperiencia mucha,
con la calma y razon de un pobre viejo,
antes de entrar en la sangrienta lucha
quiero daros, amigos, un consejo.
Pocos somos: sin gefe, sin dinero,
sin saetas ni picas!... las espadas;
los palos fuertes y el puñal certero,
no bastan contra huestes bien armadas.

PELAYO. Aunque en número y armas desiguales,
el cielo ayudará á la gente opresa:
si tuviesen sus fuerzas los leales,
combatir por igual, no fuera empresa!
¿Saetas no tenemos? hay guijarros!
pedazos de pizarra; pedernales;
duros troncos daránnos los chaparros;
en la Cueva, tenemos pedregales.
Si entregado á sus vicios y placeres
el críminal y mísero Rodrigo,
por manchar el candor de las mugeres,
del cielo recibió tan gran castigo;
ahora si un puñado de valientes
lidiamos con los malos sarracenos
presentándole erguidas nuestras frentes,
su favor nos dará, pues somos buenos!

VEREMUNDO. Un castigo, sin duda, fué del cielo,
el perder la batalla decisiva.

PELAYO. Y yo que en ella estuve, desconsuelo
sufriré al recordarla, mientras viva!...
Dispuestos á la lid los combatientes
y en fiera saña cada cual ardiendo,

avanzaron allí los mas valientes
que en el polvo despues iban cayendo.
Los godos aun sin orden, y apiñados,
con heróico teson siguen la lucha
y repiten sus golpes redoblados.
Del herido, el lamento no se escucha;
que tantos y tan bravos caballeros,
gritan todos, blasfeman á porfia,
y el choque que se daban los aceros
desde grande distancia se sentia.
Al frente de los bravos campeones
que orgullo son del enemigo bando,
ostentaba Tarec limpios blasones
con guerreros temibles á su mando.
Montan corceles árabes fogosos
de la tribu Gomer fuertes soldados,
y con ellos caminan animosos
de Masmudá, guerreros esforzados.
Anochece por fin: cesa el combate,
sin decidir por nadie la fortuna:
descanso dan á lanza y acicate,
sin ventaja encontrar en parte alguna.
El nuevo sol á combatir los llama,
¡y se traba otra vez la lucha fiera!...
el valor del guerrero ya se inflama,
y la muerte derrama por do quiera...
¡No desmaya ninguno: nadie cede!
un bravo muere aquí... no importa nada!...
en su puesto otro bravo le sucede,
que combate á la hueste malhadada:
ya la suerte, por fin se nos inclina:
y las hordas de viles africanos,
esa suerte fatal que nos domina,
rechazandola van nuestros hermanos!
Tarec dice á los suyos decidido...
«Cedemos?.. ¡Voto á Alá!.. Pues que esperamos
cercados por contrario enfurecido?
Alé!... Gualá!... (1) Lidiemos y muramos!....

(1) Historia de España por Carlos Romey.

y lanzándose en medio de los godos
levantaba la horrible cimitarra:
al ver su decision, le siguen todos;
y él, que delante vá, corta! desgarra!
¡Entonces se pasó con villanía
Don Opas el traidor, al campo moro:
muchedumbres de godos le seguia,
causando á nuestra patria luto y lloro!
Al ¡pasarse esa gente al enemigo
y al ver crecer el arabesco bando,
desmayan los soldados de Rodrigo
y se van poco á poco dispersando!..
los árabes alientan; mas avanzan!...
hieren y matan, talan y atropellan:
la victoria por fin, fieros alcanzan,
y su invasion despues, con sangre sellan:
puesta al fin de su parte la fortuna,
ya se rompen las lanzas, los broqueles:
donde quiera se vé la media luna!
blancas banderas y bridones fieles:
saetas que se cruzan en el viento,
clarines y atambores y gemidos:
ya se oye una amenaza, un juramento,
ya el lamento mortal de los heridos.
Las cabezas rodaban por el suelo
sufriendo convulsiones y agonía:
los unos, á su Alá piden consuelo,
otros, caen esclamando... «Ave-Maria»!..,
Piernas, brazos y troncos divididos,
á los godos dispersos, paso niegan:
del Guadalete, entonces aturdidos
á la corriente rápida se entregan,
¡mas al mirarlas en el agua á todos,
el árabe se arroja y arremete!...
¡con la sangre vertida de los Godos,
roja el agua corrió del Guadalete!...

VEREMUNDO, ¡Y Dios no ha confundido á los traidores!

TEOFREDO. ¿Y esa sangre vengar no deberemos?
Huiremos de esos viles opresores?

LEANDRO. A la lid con valor nos lanzaremos,

presto mas gente se unirá á nosotros,
y entonces ayudados por el cielo,
á pesar de sus armas y sus potros,
de muertos moros, cúbrase el suelo.

ALFONSO. Sí, sí!... Se cubrirá!... Furor terrible
hace temblar mi brazo y mi rodilla:
vencerme, me parece es imposible
ya no temo del moro la cuchilla.

GODOVINTO. ¿Y cuándo llegará la ansiada hora?
¿Cuando á saciar iremos diligentes
la horrible sed de sangre, que devora
aquí mi corazon?

PELAYO. Luego valientes
á buscar á los moros marcharemos,
pues me alienta la plácida esperanza,
de que pronto lidiando logremos
la venganza tomar.

TODOS. Sí, sí!... venganza!

[illegible]EMUNDO. Amigos, escuchad: Pelayo, escucha:
un gefe es necesario que elijais,
primero que lanzaros á esa lucha
do la suerte de España á jugar vais.

ALFONSO. Un gefe cual dices se necesita,
que sea su espada vengadora, rayo
que estermine á esa raza tan maldita!
¿A quién nombrais amigos?...

TODOS. A Pelayo!

ALFONSO. La eleccion, por quien soy, me satisface:
el nombrarle yo mismo Rey de godos
en aqueste momento me complace,
despues de oir la decision de todos.

PELAYO. Superior á mis fuerzas ese cargo
le considero yo: si otro pudiera...

ALFONSO. Que es superior á tí?... Pues sin embargo,
ninguno mas que tú lo mereciera.

Toma el escudo y presentándolo á Pelayo, *dice mientras lo suben sobre él los demas.*

Este escudo de nobles campeones,
el solio es que te damos: no podemos
ofrecerte grandezas y pendones

que Rodrigo perdió, no lo tenemos!

Pelayo *sobre el escudo en una actitud airosa: los godos levant[an] el escudo y á el por consiguiente á la altura de sus hombros.*

Solo con lid sin fuerzas te brindamos;
en nosotros, al punto dicta leyes:
entre los bravos que te proclamamos,
tan rey de hoy mas serás, como otros reyes.
Yo el primero, te juro que sumiso
te sabré obedecer, y ciegamente!
cuando lidiar me digas que es preciso,
me lanzaré á la lucha cual valiente.
Sobre este escudo que nos representa
la gloria ya pasada de los godos,
la mano diestra pongo: tenlo en cuenta,
y Rey te juro yo.

Poniendo la mano sobre el escudo á los pies de Pelayo: *los dem[as] lo mismo.*

Todos. Juramos todos!

Pelayo. Y el mando acepto, amigos, que me dais,
apreciando tan grande confianza:
vuestra esperanza en mi depositais,
y pronto cumpliré vuestra esperanza.
Yo el hijo de Favila, á mi vez juro
perseguir á los moros do los vea:
no miraré sus armas, ni su muro,
sino ireme derecho á la pelea.
Quereis la libertad? Pues la tendremos!
¿Mi espada me pedís hiera cual rayo
cuando el fiero combate comencemos?
Pues cual rayo.... herirá!

Todos. Viva Pelayo!...
(Lo bajan y dejan á un lado el escudo).

Alfonso. Pues ahora marcho yo, si Leandro quiere
acompañarme á empresa que imagino:
la astucia para ella se requiere,
y al punto de Gijon tomo el camino.

Leandro. Si tú me necesitas vamos luego.

Veremundo. Prudencia Alfonso!

Alfonso. Sé que es necesaria!
Yo contendré de mi furor el fuego.

REMUNDO. Que la suerte te puede ser contraria.
LAYO. ¿Qué quieres intentar?
FONSO. Voy con presteza
á ver si con la astucia salvar puedo...
REMUNDO. Se necesita mucha sutileza.
LAYO. Confuso al escucharos yo me quedo:
A quién vas á salvar!... dilo: lo mando.
FONSO. A Hormesinda, Pelayo, que respira
presa siendo del gefe de ese bando:
por conseguir su amor, el vil delira...
LAYO. ¡Rayo del cielo!... ¡Mi Hormesinda presa
de ese infame!.... oh furor!...
(*Va á marchar* Veremundo *deteniéndole*).
Detente loco.
FONSO. ¿A donde vas? ¿No ves que por sorpresa
solamente es posible... aguarda un poco.
Un medio me ha ocurrido: ten, y espera:
mi vida no espondré... si es imposible
por la astucia libertarla....
LAYO. ¡Si lo fuera!
contenerme yo así... no me es posible!...
FONSO. Aquí eres necesario.
ANDRO. Ya te sigo.
FONSO. Marchémos!...
LAYO. Vamos todos.
REMUNDO. Es locura.
FONSO. Entonces, el intento no consigo.
A Dios Pelayo! (*Marchándose con* Leandro).
REMUNDO. A Dios!
LAYO. Oh desventura!...

Escena V.

—

Dichos menos Alfonso *y* Leandro.

LAYO. Ellos tienen razon!... Yo me perdiera
sin conseguir la empresa que anhelamos.
REMUNDO. Necesaria es la calma: esos furores

sin fuerzas alcanzar, todos son vanos:
es preciso pensar y ser astutos,
en el trance fatal que nos hallamos.

PELAYO. Pero esta situacion!... ¡mi pobre hermana!..
Amigos!... Vuestro Rey me habeis jurado,
y por vosotros hago el sacrificio
de no seguir á Alfonso y á Leandro.
¿Me jurais compañeros, que ninguno
se dejará vencer?

TODOS. Sí, lo juramos!

PELAYO. Voy á correr al punto las montañas;
los bosques, y los pueblos inmediatos:
yo gente reuniré, que aunque no mucha,
resista á esos infieles sanguinarios.
La Virgen, sin dudar, nos dará fuerzas,
pues por su causa santa peleamos:
y si acaso en la lucha sucumbimos
porque el cielo no ayude á nuestros brazos,
dejemos al morir, de esos infames,
roja alfombra de sangre sobre el campo!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

...a esterior de la cueva de Covadonga: de frente al espectador ...rca de los bastidores de la derecha la boca ó entrada: á la izquierda del actor, una cascada que corre en el rio Deva que soca...l monte por aquel lado, y ocupa una cuarta parte del teatro: ...e á todo foro, con distintas bajadas, que vienen á parar á la orilla del rio.

Escena I.

Pelayo, Veremundo *y varios* Godos.

PELAYO. Pues ya veis como logramos
el reunir en esta cueva
doscientos godos valientes

que con sed de sangre alientan,
y que en varias ocasiones
demostraron su destreza:
y ya no pasan los moros
por esas ásperas breñas
en corto número: temen
de los godos la soberbia.

VEREMUNDO. Mas con esas escursiones,
Pelayo, es justo que adviertas
que haremos que los infieles
á buscarnos aquí vengan,
con ejército terrible,
que no puedan nuestras fuerzas
resistir.

PELAYO. Ya nada temo.
Metidos en esa cueva
doscientos hombres que somos,
haremos la resistencia
y el cielo nos dará aliento
contra esa raza perversa.
Un pesar tan solamente
de contínuo me atormenta:
doce dias hace ya
que el buen Alfonso partiera
con Leandro, y hasta ahora,
no tuvimos mala ó buena
noticia de sus personas:
dificil era su empresa,
y temo que hayan caido
en poder del que gobierna
en Gijon: de ese Munuza
que tiene á Hormesinda presa.

VEREMUNDO. Al acordarme, tampoco
mi espíritu se sosiega;
pues temo que el hijo mio
por esa locura muera.
Emprender los imposibles
no es valor; nadie lo crea:
eso tan solo es cegarse,
y el valiente no se ciega.

PLAYO Estaba por disponer
que marche la gente nuestra
con nosotros á Gijon,
á ver si por la sorpresa
podíamos penetrar
en donde habita esa hiena.
Si acaso por un milagro
el lance bien nos saliera,
dueños ya de la ciudad
se aumentará nuestra fuerza

VREMUNDO. Mas nunca salir podrás
como quieres de esa empresa:
doce mil moros armados
dentro de Gijon se encierran:
nosotros somos doscientos
y aunque fuese por sorpresa
nada conseguir podias
sino la derrota nuestra,
y que en venganza, á Hormesinda
sacrificáran.

PLAYO. ¡Oh, mengua!...
¡Si eso á suceder llegára...
¡vil Munuza, tiembla! tiembla!..
Tu sombra siempre sería,
hasta que una ocasion viera
de romper tu corazon;
y con tu sangre perversa,
lavára desesperado
infame moro, mi ofensa.

Escena II.

Dichos y Clodovinto.

CODOVINTO. Oh Pelayo! Veremundo!
os traigo felice nueva:
apostado me encontraba
en la cumbre de la sierra,

cuando saltando barrancos,
un moro veo que se acerca:
como os podeis figurar,
al verlo tomo carrera:
y con la espada en la mano
voy á cortar su cabeza,
cuando estando ya, del moro,
que yo imaginé, muy cerca,
se descubre, y es Leandro
que aquí disfrazado llega.

VEREMUNDO. Leandro!..

PELAYO. Cielos!... ¿Y Alfonso?

CLODOVINTO. Me dijo que atras se queda:
corrí veloz á avisaros,
y no pudo mi carrera
seguir el jóven Leandro:
pues ya cansado... se aserca.

Escena III.

Dichos y Leandro *con trage de moro.*

VEREMUNDO. ¡Oh Leandro!

LEANDRO. Padre mio!...

PELAYO. Alfonso ¿donde se encuentra?

LEANDRO. Detrás, convertido en moro
lo mismo que yo: quisiera
que en Gijon, nobles amigos,
mirarais la estratagema...
Apenas de aquí salimos
meditando nuestra empresa,
cuando á muy corta distancia
vemos que se nos acercan
dos moros; Alfonso y yo
nos miramos con sorpresa;
y conociendo el intento
uno de otro, en la tierra,
despues de haber combatido

los cuatro con gran destreza,
quedaron los dos infieles;
de sus ropas, con gran priesa
los desnudamos; y así,
vestidos como ellos fueran,
nos entramos en Gijon
sin que nadie se opusiera:
rondamos el gran Palacio
de Munuza, cuyas puertas
siempre cerradas estaban:
ni ventanas, ni troneras,
nada vimos, padre mio,
por dónde hablar con aquella
á quien rescatar quisimos
de manos de altiva hiena.
Mas un dia, por acaso,
por escusada cancela
salió mi árabe ya anciano:
y alfonso con ligereza
y algun oro que llevaba
compró al viejo, de manera,
que él á Hormesinda entregó
un pliego con unas letras,
que al corriente la pusieron:
y por la misma cancela
pudo huir, y caminamos
veloces por esas breñas
para unirnos con vosotros;
pero estando de aquí cerca,
Hormesinda, ya rendida,
no pudo como quisiera
andar, y por eso tardan.
Pero miradlos: ya llegan.

Escena IV.

—

Dichos, Hormesinda *y* Alfonso de Cantabria, *de moro.*

Pelayo. Hormesinda! (*Se abrazan*).

HORMESINDA. ¡Hermano mio!..
¡al fin, mis ojos te ven!.. (*Llorando*).
PELAYO. ¿A qué llorar?...
HORMESINDA. ¡Este bien
me parece un desvario!
PELAYO. Pero hermana, vuelve en tí.
A tu lado, dí: ¿no estoy?
¿No ves que tu hermano soy
que siempre te quiere?
HORMESINDA. Sí!...
Pero muerto te lloré:
y tanto sola he sufrido,
tanto triste he padecido,
que ya sucumbir pensé.
Estaba el corazon muerto;
pero cesa mi agonía,
y lágrimas de alegría
son las lágrimas que vierto.
¡Qué felice situacion
despues de tanto quebranto!
PELAYO. Pues cesa, por Dios, tu llanto,
y ensancha tu corazon!
HORMESINDA. Si no es llanto de pesar:
es que mucho tiempo allí
mis dolores reprimí:
¡déjame, por Dios, llorar!
Llora, que tienes derecho
tus lágrimas á verter:
grande fué tu padecer;
llora aquí sobre mi pecho!
Desahógate, hermana, sí!...
mi seno te dá un abrigo;
un fiel hermano, un amigo,
tienes Hormesinda en mí.
HORMESINDA. Al fin llegué á tu presencia...
aun me parece no es cierto,
despues de llorarte muerto
durante tan larga ausencia.
PELAYO. Sí, ya estás en mi presencia,
que Alfonso te libertó:

valiente, astuto, burló
del infame la violencia,

ORMESINDA. Ay!... Cuando la carta ví
que el árabe me entregára,
al punto la letra clara
de Alfonso reconocí.
No te puedes figurar,
Pelayo, cuánta alegría
tuve al saber aquel dia
me trataban de librar!
Con súplicas y dinero
ya pudimos conseguir
la puerta nos fuese á abrir
el árabe jardinero.
Por inspirar confianza,
yo prudente y cautelosa,
de ser muy luego su esposa
le dí á Munuza esperanza.
Le dige, que ya rendida
al amor que demostraba,
á amarle dispuesta estaba
y á consagrarle mi vida.
Él mi promesa creyó:
y el dejarme por dos dias
libre de moros espias,
mi fuga facilitó.

ELAYO. Alfonso, ven á mis brazos;
abrázame pronto, oh, si!
estrechemos mas aquí
de amistad los dulces lazos.
Tú, del poder arrancaste
del vil Munuza á mi hermana:
de aquella afrenta cercana,
su honor puro libertaste.
Ese arrojo singular,
dime pues, hermana mia:
¿como podremos un dia
á Alfonso recompensar?

LFONSO. Ya recompensado estoy:
Hormesinda, libre es:

en ello tuve interés:
lo alcancé, felice soy.

Escena V.

Dichos y Teofredo.

TEOFREDO. Pelayo!... Ahora mismo llega
á la montaña un espia
nuestro, y trae el aviso
de que hácia aquí se encaminan
veinte mil fuertes soldados (1)
de la vil raza morisca
mandados por Alkaman,
y que nos buscan la pista.
HORMESINDA. Cielos!
PELAYO. Veinte mil?
TEOFREDO. Así lo afirmó el espia.
PELAYO. (*Haciendo un esfuerzo por dominar su inquietud y tranquilizar á los suyos*).
Compañeros! nuestra causa
es justa: no me intimidan.
VEREMUNDO. Mas considera Pelayo,
que es mucha gente aguerrida:
que nosotros somos pocos!...
PELAYO. Teneis miedo!... Dios me asista!...
¿Qué son veinte mil canayas
de infame raza morisca,
para doscientos valientes
á quien Dios protege y guia?...
HORMESINDA. Cuidado ten... ¡oh!... Pelayo!...
PELAYO. No temas nada; Hormesinda,

---

(1) Segun el P. Mariana, Sebastian de Salamanca, el Monje de Silos, el Canónigo Ortiz, Carlos Romey D. Rodrigo de Toledo y otros varios historiadores hacen subir el ejército moro á un número muy exajerado: yo tomo para mi drama la suma mas verosimil, que es la que cita el Album del ejército.

ocúltate en esa cueva.
Ella de muro nos sirva;
si nuestra suerte es morir,
verán con que valentia
en el horrible combate
vendemos caras las vidas!

HERMESINDA. Quiera el cielo protegerte!

PELAYO. Alfonso, á mi hermana guia:
y á todos esos valientes
de la cueva, que en seguida
salgan aquí: Veremundo,
cuidareis vos de Hormesinda.

Escena VI.

Pelayo.

Aquí tranquilo me estaré, esperando
que venga esa canalla maldecida;
¡Crecido es el arabesco bando!...
Mas juro por mi fé, no me intimida:
que los pocos guerreros que yo mando,
leones fieros son: si, por mi vida!...
Aquí no abrigo yo, temor ni duelo:
esta es, sin duda, inspiracion del cielo!
El me inspira: sí, sí!.. su causa santa
entre aquestas montañas defendemos:
si ahora victoria el arabesco canta,
nosotros, hoy, al fin la cantaremos;
si acaso conseguimos gloria tanta,
si á esa vil muchedumbre aquí vencemos,
será que á nuestra audacia y valentia,
ayuda desde el cielo, dá Maria!
Y sí nos la dará!... dispuesto á todo,
ya me encuentro, por esa confianza:
de vencerlos aquí, de cualquier modo,
hoy se abriga en mi pecho la esperanza:
al estrago feroz del reino godo,

le daremos furiosos la venganza:
Ese ejército moro, á su ruina,
al venir á este sitio se encamina!...
En la cueva nos busca y acomete,
el árabe orgulloso de su gloria:
no hallarán en nosotros su juguete,
que me enciende de rabia, la memoria
de invictos héroes, que en el Guadalete
perdieron con su vida la victoria.
En ellos vengaré yo en este dia,
aquella tan feroz carnicería.
Si llegase á vencer, segun espero,
por que Dios nos ayude en la demanda,
en cráneos de los moros, de hoy mas, quiero
que me sirvan mis godos la vianda.
Su sangre ha de teñir ese sendero:
ven, moro, para acá!... Ven!... Anda, anda!
La cueva que ahí se vé, será tu abismo!
Aquí no hay la traicion, sí el heroismo!...

Escena VII.

—

Pelayo *y* Clodovinto, *despues* Alfonso, Leandro, Teofredo *y* Godos.

CLODOVINTO. Pelayo!... ha llegado, allí
de aquella sierra á la loma,
un moro, con otro varios:
y aquel traidor vil!... Don Opas....
PELAYO. Don Opas!.... Pues vive el cielo!...
ALFONSO. Qué es eso?... ¿Qué te alborota?....
PELAYO. Ese Don Opas, villano
baldon de la sangre goda,
que se acerca con el moro.
CLODOVINTO. Y piden que sin demora,
pues que llegar solicitan
para embajada que importa,
les des, Pelayo, el seguro.
PELAYO. Es mucha la gente mora?
CLODOVINTO. Pocos son: es solamente

una reducida escolta.

PELAYO. *(Despues de reflecsionar un momento)*
Que llegen!... Al moro dile,
que del seguro á la sombra
llegar puede, porque aquí,
segura está su persona:
que luego, cuando se trabe
la lucha, será otra cosa:
pero dile que se acerque
quedándose allí la escolta,
que es noble, quien el seguro
para acercarse le otorga.
(Vase Clodovinto).

ALFONSO. ¿Y tendrá ese hombre descaro
para aquí venir ahora
y ponerse ante nosotros?
¡Cómo el cielo le soporta!
¡Un Obispo!... Un religioso!

PELAYO. Eso Alfonso, me sofoca!...
¿Cómo no lanza sus rayos
el cielo?... Cómo no ahoga
á ese hombre criminal?
¿Cómo su ser no destroza?

ALFONSO. Mucho Pelayo me temo
el no poder esta cólera
reprimir, que aquí en el pecho
el corazon me dèvora.

PELAYO. Yo contesté... «Al moro dile,
que del seguro á la sombra
llegar puede, porque aquí
segura está su persona.»

ALFONSO. Es verdad: pero con todo...
quisiera que muerte pronta,
á la tierra libertára
de esa fiera ponzoñosa:
de ese que á su patria vende:
de ese, en fin, que la desdora!

Escena VIII.

Dichos, D. Opas *vestido de Moro y un gefe árabe.*

MORO. Alá guarde á Don Pelayo.
PELAYO. Puedes, moro, con presteza,
pues que vienes encargado
de hablarme, decir tu arenga.
MORO. Voy á empezar, pues lo quieres;
tenemos las tropas nuestras
apartadas de este sitio
solo á tiro de saeta.
Ejército formidable,
tocamos, segun mi cuenta,
un ciento por cada uno
de vosotros; gente diestra,
y capaz de conquistar
la mar, el cielo y la tierra!
Al ver tus pocos soldados
¿persistes en la defensa?
De esta desastrosa lucha,
Pelayo, dime; ¿qué esperas?
El querernos resistir
es temeraria quimera;
pues todos, al fuerte filo
de las cimitarras nuestras,
dentro de poco, no hay duda,
entregareis las cabezas.
Si terco quieres la lucha
y la lucha se comienza,
piedad no habrá, te lo juro;
morir por recurso os queda.
Si el ejemplo de Don Opas
seguis, y á nuestras banderas
os unís para triunfar
del mundo, tendreis riquezas,
poder y prosperidad,
en vez de muerte y miseria.

PELAYO. Tú me dices, que tu ejército
está de nosotros cerca:
que sois ciento para uno
de nosotros: gente diestra,
y capaz de conquistar,
la mar, el cielo y la tierra!
Pues mi gente poca es:
pero tiene tal braveza,
que tambien conquistaría
aunque mucho resistieran,
la mar, la tierra y el cielo,
y el infierno si quisiera!...
La gente con quien combate,
nunca el español la cuenta:
la mata, y sobre sus cuerpos
despues vencedor pasea.
No cabe alianza en nosotros:
queremos tan solo guerra;
ardemos en sed de sangre
y ansiamos verter la vuestra.
Marcharte puedes: al gefe
que te manda, la respuesta
que yo te he dado darás:
y otra vez aquí no vuelvas,
que si paz me propusieres
te cortaré la cabeza!

CAS. Te he estado oyendo, Pelayo,
y veo que el valor que ostentas
la sublime valentía
que en tu corazon se encierra,
á pesar mio... sí, á fé!
me conmueve, me interesa.
Digna la patria será
de tan heróica defensa:
pero cuando ya perdida,
ninguna esperanza queda,
es forzoso desistir
del afan de defenderla.
Alkaman compadecido
de tu valor y nobleza,

me ha mandado convencerte,
porque ciego no te pierdas,
y pierdas á los valientes
que aquí contigo se albergan.
Un porvenir de ventura,
Pelayo, te se presenta,
si las buenas condiciones
que te impondremos aceptas;
te convienen, y ademas,
aceptarlas es prudencia.
Serás gefe de las tropas
que todo el mundo respeta
y libre de sobresaltos
tranquilo siempre vivieras.
Acaso tú me dirás,
que intranquila la conciencia
no pudieras ecsistir...
pero eso es vana quimera!
A mas, que salvar la vida
cuando en tal riesgo te encuentras,
prudencia fuera tan solo:
pues querer vivir, no es mengua!

Alfonso *sin poderse reprimir: murmullos de indignocion en todos.*

Infame!... ¿y así te atreves?...

Clodovinto. ¡Y hablas tú de esa manera?

Pelayo. Silencio todos, amigos!...
Yo le daré la respuesta!
Tú, moro, solo te vas
adonde Alkaman se queda,
y le dices, que á lidiar,
mi gente se halla dispuesta,
que nunca transigiremos,
que cuando quisiere venga.
Vivos, no nos rendiremos;
y si nos faltan las fuerzas,
darnos la muerte sabremos
uno á otro en esa cueva.

Moro. Don Opas vendrá conmigo.

Pelayo. Aquí por ahora se queda; (*Con ironia*).
que hablando los dos... á solas,

puede ser que me convenza!!..

MORO. ¿El seguro no me has dado?.

PELAYO. ¡Por eso vas con cabeza!...
que si nó, tu cuerpo helado
ya flotára sobre el Deva! (*Vase el moro*).
Vosotros, marchad, amigos: (*A los godos*).
Tú y Teofredo, estad alerta! (*A Clodovinto*).

Escena IX.

D. Opas *y* Pelayo.

OPAS. Al ver que quieres que yo
me encuentre contigo aquí,
que tu gente despejó,
no comprendo en verdad, nó,
lo que pretendes de mí!...

PELAYO. Para haberte respondido,
te tenia que infamar;
á solas lo he preferido,
pues miro que al fin has sido
un ministro del altar.
Me espanto de tu osadía,
me asombro de tu valor,
al ver que en aqueste dia
pretende tu villania
que sea á mi patria traidor.
Me espanto, al ver que aterrado
no escondas tu ser maldito:
al mirarte condenado,
venir á instarme al pecado,
á aconsejarme el delito.
¿Espanto no dá á tu mente,
vívora astuta y sagaz,
la sangre de tanta gente?...
¿No pesa sobre tu frente
la maldicion celestial?

OPAS. Y mal pesarme pudiera!

Instrumento del castigo,
el mismo cielo me hiciera;
del castigo que sufriera,
por su culpa, Don Rodrigo.
Fué el destino el que inclinar
pudo allí mi corazon;
pasarme, no fué pecar:
el cielo quiso lanzar
á aquel rey su maldicion.

PELAYO. Calla!... calla desgraciado!
¿Le vendiste á el por ventura?
A tu patria le has causado,
no al rey que llamas culpado
el dolor y la amargura!
¡Un ministro del altar
haber hecho tal accion!...
¿Quién te pudo autorizar
para á tu Rey castigar,
cometiendo esa traicion?...
Ofendes á Dios, perjuro!...
aleve, traidor, mal hombre!...
tenerme en vano procuro:
vas á morir, te lo juro,
porque así infamas su nombre!

OPAS. Acabemos de una vez!...
sufrir aquí mas no quiero
insultos de ese jaez,
pues se ofende mi altivez:
Godo soy, soy caballero.
La traicion, ó villania
como tú llamas aquí
que hice, tambien la haria
si supiera que ecsistia
otra vez Rodrigo, sí!...
Tu quieres bravo morir,
peleando como bueno:
tú pretendes resistir...
pues déjame ya partir.

PELAYO. ¡Y te marcharás sereno
á unirte á aquella canalla!...

Despues, contra mí vendrás!...
Mi ciego furor estalla,
y no lo contiene valla!..
¡Pues bien!... De aquí no te vas!...

OPAS. Mas, Pelayo!... tu fé imploro!...
seguro tengo, señor!...

PELAYO. Seguro mio, lo ignoro:
yo lo he dado, para el moro,
pero no para el traidor!...
Leandro!... Alfonso, venid!... (*Salen estos y godos*).
á ese hombre, á lo empinado (*Mostrando á D. Opas*).
de la sierra conducid,
y de allí arrojadle, id!...
que muera ese renegado!... (1). (*Se lo llevan*).

Escena X.

—

Pelayo.

Ya empezó mi venganza!... ¿Quién diria
que el vil que nos vendió en la lucha fiera,
á mi poder así se entregaría?...
He mandado muy bien. Oh, si!.. que muera!..
El moro cuando sepa su destino,
furioso contra mí vendrá, no hay duda:
es probable se ponga ya en camino;
mas la mano de Dios, hoy nos ayuda!...
A convencerme vino el renegado:
la disculpa me dió con aspereza;
su crimen, que lo pague es acertado;
le ha costado la honra y la cabeza!...

---

(1). Solo he hallado dos ó tres historiadores que aseguren que D. Opas estuvo en Covadonga á persuadir á Pelayo para que se pasara al bando árabe: los demás dan este hecho por dudoso esceptuando algunos que lo niegan completamente: pero á mí me ha parecido conveniente tomar este hecho aunque fabuloso para mayor interés del cuadro general.

A mis manos se vino ese perjuro
sin temer este esceso de mi ira,
confiando, sin duda, en el seguro:
no le dí para él: Oh, no! mentira!
Alfonso, con Leandro, aquí caminan:
le han matado, y dirán... «él lo dispone».
Hoy cumplen su deber y no asesinan;
el infame murió... ¡Dios le perdone!...

Escena XI.

Pelayo, Alfonso, Leandro *y* Godos.

ALFONSO. Llegamos á aquella altura,
y entre estos godos y yo,
cogimos á ese Don Opas
que nos pedia perdon;
y en breve hacia el precipicio
el desdichado cayó,
recibiendo así el castigo
que su crimen mereció.

Se oyen las trompas y atabales de los moros: se nota en los de la escena una impresion propia de hombres que ven acercarse un momento solemne: Relámpagos.

Escena XII.

Dichos, Clodovinto *y* Teofredo *corriendo.*

CLODOVINTO. Pelayo!... Ya están ahí!...
el lance ansiado llegó!...
esa odiosa muchedumbre
aquí se acerca veloz!
PELAYO. Amigos, nuestro es el dia!...
que nadie abrigue temor:
si somos pocos, su ayuda

sin duda, dos dará Dios:
antes morir, que rendirse!...
y si acaso en la ocasion
alguno no tiene fuerzas
ó le faltára valor, (*Relámpagos*).
antes de entregarse al moro
que parta mi corazon, (*Truenos que se van acercando*).
pues ver que algun compañero
desmaya, será dolor
insufrible para mí!...

ALFONSO. No será preciso, nó!... (*Relámpago*).
todos sabremos morir,
por no sufrir la opresion.

PELAYO. Ya están ahí, mis valientes!...
mas para empezar mejor,
á la Cueva!... y nuestra causa
proteja clemente Dios! (*Trueno*).

Escena XIII.

Pelayo, Alfonso: Leandro: Clodovinto: Teofredo: Veremundo *y godos en la entrada de la cueva: El gefe moro y su ejército, bajan desde la cumbre del monte: se verán entre esta tropa las tribus y sus estandartes.*

...o. Ya se encerraron, amigos!...
á la cueva con valor!... (1).

...cometen los Moros: empieza la lucha á la boca de la cueva: se ...sdloma á poco el monte por la parte del rio, llevándose tras sí ...e del ejército moro: confusion entre estos: los que combaten á la

(1). Mariana; Romei; el album del ejército y varios historiadores, citan como ...o este hundimiento de Covadonga: D. Modesto Lafuente si no lo niega, lo ...: sin embargo; yo que respeto mucho su opinion, en punto á historia, me ...ro mas á la opinion de todos en general, que á la de uno en particular: ...do Pelayo se encerró en la cueva, se encerraron con él mugeres, niños y ...nos, y todos tomaron parte en la lucha; pero aquí es preciso ver el buen ...o escénico aunque falte algo de verdad!... Haria mal efecto en el teatro ver ... Señoritas batirse y tirar piedras.

entrada de la cueva, aterrados por la detonacion que causa el hund miento del monte, se vuelven y desalientan, aprovechando esta ina cion é iluminado por la luz de la fé, sale Pelayo *de la cueva, h ciendo flotar la enseña cristiana, seguido de los suyos: acomete á l moros que empiezan á huir en desórden: gritos: trompas; atabal relámpagos; truenos; confusion general; cuadro, y* Cae el telon.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un salon del Palacio de Pelayo *en Cánicas: Puerta grande al foro, por la que se vé una capilla: á la izquierda puerta del interior del palacio; á la derecha, puerta del esterior. Al alzarse el telon, aparece la puerta del foro abierta y se vé la capilla iluminada: está un sacerdote concluyendo una misa; se oye música religiosa.* Pelayo, Alfonso Veremundo, Leandro, Clodovinto, Teofredo; Guerreros godos *y* pueblo *son arrodillados de espalda al espectador: al concluir la misa cesa la música: el sacerdote se retira del altar y todos se levantan.*

Escena I.

Pelayo, Alfonso, Veremundo, Leandro, Clodovinto, Teofredo, guerreros, pueblo: mugeres *y* chicos.

PELAYO. Pues ya de nuestra victoria

le dimos gracias al cielo,
podeis despejar, amigos,
y cada cual á su puesto.

Los soldados y el pueblo, van saliendo guiados por Clodovinto, Teo-fredo, y Leandro, *quedando solos en la escena,* Pelayo, Veremundo y Alfonso.

VEREMUNDO. Nunca pudiera esperarse
ese triunfo tan completo,
pues si tal se ha conseguido,
se le debe al hundimiento
sin duda, pues mucho mas
hizo él, que vuestro esfuerzo.
Pelayo de esa victoria
ya tuvo presentimiento,
y bien hizo en confiar
en el auxilio del cielo.
El monte se desplomó
de los moros por el peso,
y en la corriente del Deva,
casi todos perecieron.

PELAYO. Siempre Dios ha de ayudarnos,
pues su causa defendemos.

ALFONSO. Y esta victoria alcanzada
de los moros tan soberbios,
aumenta las fuerzas nuestras,
disminuye las de ellos.
Muchísimos españoles
de temor y espanto llenos,
en sus casas, escondidos
del poder del sarraceno,
no osaban tomar las armas
sin duda por desaliento.
Ya se corrió la noticia,
amigos, del triunfo nuestro;
ya desechan el temor
los incautos que temieron,
y de todas partes vienen
á unirse con nuestro ejército.

PELAYO. Si antes de tener yo fuerzas
tanto confié en el cielo,

que al número no atendia
y esperaba con denuedo
la hora de pelear
contra ese bando perverso;
si de godos arrojados
solo contaba doscientos
y no temia el poder
del maldecido arabesco,
ahora que pasan de mil
los soldados que yo tengo,
valientes y decididos,
todos á morir dispuestos,
¿podrán nunca intimidarme?
No!... jamás!... Os lo prometo!
Ví la patria desplomarse
por los monstruos del averno,
por los inicuos traidores
que en la desgracia la hundieron;
y ya desde Covadonga,
con la proteccion del cielo,
sobre mis robustos hombros
alzarse otra vez la veo!

VEREMUNDO. Para restaurar la patria,
elegido del Eterno
has sido. En los asturianos
se albergaba el desaliento,
y solo tu nombre, amigo,
les dió constancia y denuedo.
Con las cogidas al moro
y las que muchos trageron,
tenemos arcos, saetas,
y buenas armas tenemos.
Cogimos muchos caballos
á los héroes arabescos;
y ya, con la proteccion
conque nos ayuda el cielo,
no hay duda, la libertad
de la patria alcanzaremos.

PELAYO. Sí, amigos, ya somos libres:
otro porvenir ya veo

para la abatida España:
ya libre del cautiverio
me pienso verla, y triunfante
alzar su pendon escelso.
Y cuando el moro orgulloso
nos busque otra vez de nuevo,
ante nuestras santas cruces
huirá veloz, sin aliento!
Al saber nuestras victorias
se sublevarán los pueblos,
y los buenos españoles
imitarán nuestro ejemplo!

Escena II.

Dichos, y Hormesinda.

ALFONSO. Hormesinda... *(Saludándola).*
PELAYO. ¡Hermana mia!
parece que has descansado.
HORMESINDA. Es verdad: durmiendo he estado
hasta bien entrado el dia.
En tiempo atras no lograba
disfrutar tranquilo sueño
pues al punto... cruel ensueño
tormento agudo me daba.
La desgracia me prendió
con sus vigorosos lazos;
mas luego me ví en tus brazos,
y mi desgracia cesó.
Despues el combate ví;
y mientras duró... terrible!
esplicarte no es posible
lo mucho que padecí.
Mas luego que al fin llegué
con mi hermano vencedor,
yo ví elogiar su valor,
y de orgullo me llené!

Y alegre reflexionaba
esenta ya de mis penas,
que la sangre de tus venas
por mis venas circulaba!.. (*Pausa.*)
Al punto que sobre el lecho
estuve, ya sin enojos,
el sueño cerró mis ojos
y tranquila me dormí.
Imágenes halagüeñas:
á una jóven peregrina
que por el aire camina,
tocando su trompa vi.
Y en la cinta que flotaba
prendida de la cintura
de tan bella criatura,
que otra igual no se formó,
llevaba letras de oro:
atenta al mirarlas quedo,
y leer en ellas puedo...
»La fama vuela, y soy yo!
Entonces, batió sus alas:
me dejó con sentimiento,
pues rápida por el viento
tocando su trompa fué.
En seguida, pardas nubes
se fueron á mi acercando:
luego fueron aclarando,
y blancas las contemplé.
Mas tambien á poco rato
las nubes desparecieron,
y al marcharse descubrieron
los puros rayos del sol.
Mil angeles con coronas
en el aire se cruzaron;
y al cruzarse, murmuraron...
«El premio del español!»
Agradable melodia
sonó en el espacio luego,
y hermoso carro de fuego
por leones tirado, vi.

Y al volver luego los ojos
hacia el carro prontamente,
un rayo de fuego ardiente
rodeaba tus sienes, sí!...
Por debajo de las ruedas
del carro que te llevaba,
cual culebra, se arrastraba
el arabesco poder.
Sus armas y sus pendones,
todo estaba allí humillado:
sobre el carro y á tu lado
otro jóven pude ver.
Tu premio con el partias,
por gallardo y por valiente:
tambien su tostada frente
el verde laurel ciñó.
Al miraros yo, gozaba:
mas luego á la fantasia
borróse la alegoria,
y el sueño despareció.

PELAYO. Y quien era el jóven, dí,
á quien yo parte le daba
del premio? (*Con malicia*).

HORMESINDA. (*Turbada*). Cuando soñaba,
quien era no conocí.

Escena III.

Dichos, Clodovinto, *y á poco* Alvida.

CLODOVINTO. Pelayo, vengo á anunciar
que ahora despavorida,
la buena y prudente Alvida
ha acabado de llegar.

HORMESINDA. Mas dime: ¿por qué no viene
hasta este mismo aposento?
di que pase en el momento:
¿Quién á Alvida la detiene?

..e Clodovinto, *y sale* Alvida, *que corre á abrazar á* Hormesinda.

Oh!... Ven á mis brazos, ven!
¡Cuán grato me es verte aquí.

VEREMUNDO. ¿Con que te libraste?

ALVIDA. Si!
Lo he conseguido tambien:
La noche que la ocasion
que tanto se deseaba
Hormesinda aprovechaba
para salir de Gijon,
no quise partir con ella,
porque para aquel momento
era ya entorpecimiento:
emprender la fuga aquella
entonces no quise yo:
y así, como tuve espacio,
recorrí todo el palacio
despues que ya se marchó.
A una grande galeria
yo mis pasos dirijí,
cuando que llegaba vi
un moro: á escape venia!
En aquella situacion
mi romo ingenio se aguza,
y que buscaba á Munuza
escuché desde un balcon.
Abriéronle en el momento;
á Munuza le avisaron,
y al recien venido entraron
al instante en su aposento.
Media hora pasaria,
cuando vi por los infieles
que montaban sus corceles,
que á marchar se disponian.
Despues, Munuza bajó,
montó su bridon fogoso;
con su gente, presuroso,
y con Andalla marchó.
Mas al punto, recordé
de aquel moro la venida;

que os vio, y la fuga emprendida
le vino á avisar, pensé.
De estas dudas me sacó
un viejo que allí se halla:
Alkaman, á la batalla
al vil Munuza llamó.
Despues, de vuestra victoria
la noticia he recibido
y aqui veloz he venido
á gozar con vuestra gloria.

Escena IV.

Dichos, y Teofredo.

TEOFREDO. Pelayo, ahora mismo llegan
españoles que preguntan
por tí, pues todos desean
alistarse en las columnas,
de los bravos que vencieron
á la canalla moruna.
Se han fugado de los pueblos
huyendo al moro sin duda,
y ya armados, casi todos,
anhelan trabar la lucha.

PELAYO. Ya veis, amigos, ya veis
como quiere la fortuna
mis fuerzas ir aumentando:
ya tendremos la ventura
de ver rota por el campo
aquella infiel media luna!

Escena V.

Dichos, y Clodovinto.

CLODOVINTO. Pelayo! Vengo á avisar

que se ha llegado á saber,
que cerca de aquí se encuentra
la gente del bando infiel:
No es ejército completo,
y me pienso, que útil es
batirlos, y dispersarlos.

PLAYO. Clodovinto, dices bien:
marchémonos, Veremundo,
esos cristianos á ver,
que han llegado á tomar parte
en la lucha: Vamos pues,
que de paso pensaremos
lo que nos conviene hacer.

Escena VI.

Hormesinda *y* Alvida.

HORMESINDA. Otra vez van á lidiar
y ya comienzo á temer.

ALVIDA. Es cierto, que es muy sensible
á cada momento ver
marchar al fiero combate
al amante tierno y fiel,
y al hermano: esa zosobra,
es verdad.... será cruel:
pero luego, cuando vuelvan
de lidiar y de vencer,
sus nobles frentes ceñidas
con el bélico laurel,
no trocarás ese caso
por el mas feliz.

HORMESINDA. No á fé.
Toda la felicidad
que en el mundo puede haber
me pienso, que en eso solo
debe encerrarse.

ALVIDA. A saber.

Otro instante mas dichoso,
al par que tú, yo tendré.
Por sus gloriosas hazañas
tu hermano se encuentra Rey:
Alfonso que te idolatra
y al cual amas tú tambien,
se porta como valiente
luchando contra el infiel.
Al cabo, llegará el dia
en que conformes los tres,
en el altar de himeneo
ventura Pelayo os dé:
y yo al mirarte dichosa,
con tu dicha gozaré.

HORMESINDA. Es cierto, sí; gozarás,
porque eres mi amiga fiel:
pero Alfonso aquí se acerca
vente Alvida.

ALVIDA. Vamos pues.

Escena VII.

Alfonso.

Segun indicios volverá á encenderse
otra vez contra el moro fiera liza,
y la tierra, otra vez, con roja sangre
de esos infieles, volverá á ser tinta!
Otra vez en el campo los despojos
de huestes numerosas y aguerridas
se verán; los escudos, los caballos,
cimitarras, alfanges y gumías;
alquiceles, y lanzas y puñales,
arabescas banderas estendidas,
y nosotros, triunfantes volveremos
otra vez, á los ojos de Hormesinda!
¡Feliz mil veces, si á sus pies consigo
las banderas poner de la morisma!

Ella, hace poco, al referir su sueño
dirigiendo hacia á mí su dulce vista,
dijo á Pelayo, que guerrero bravo
con él los premios y el honor partía.
Mas este sonriose al escucharlo,
y sospecho lo hizo con malicia.
Él comprendió la llama que en su pecho
igual que en el de Alfonso se encendia,
y no la desaprueba... nó!... Sin duda,
él dichoso me hará con Hormesinda!

Escena VIII.

Alfonso y Hormesinda.

HORMESINDA. Solitario Alfonso os veo.
ALFONSO. No tan solo á lo que creo:
compaña me hace el amor.
HORMESINDA. Pues amais de tal manera,
saber Alfonso quisiera
quien inspira vuestro ardor.
ALFONSO. ¿Y eso preguntais, Señora?
¿ignorais, pues, que os adora
mi pecho con frenesí?
¿Ignorais vos, que la calma,
la delicia de mi alma
y el todo sois para mí?
¿No sabeis, hermosa mia,
que sois mi bien, mi alegria,
mi ventura, mi ilusion?
Que al veros, enagenado
os entrego enamorado
mi sensible corazon?
¡Y me preguntais, ingrata,
quién es, la que me arrebata
la calma y tranquilidad,
sabiendo que en vos espero,
y que solo con vos, quiero

la dicha y felicidad!

HORMESINDA. Alfonso, no estrañareis
mis palabras, pues que veis
que si tal os pregunté,
es que os amo como loca;
y quise de vuestra boca
escuchar lo que escuché.
Hace tiempo que vivimos
en peligro; que corrimos
en pos de dicha y quietud.
Y que á fuer de caballero,
al combate vais ligero:
no templais vuestro laud?
Y la cancion amorosa
que mi vida hizo dichosa,
vuestro labio no cantó?
y como por vos deliro,
cuando estaba en mi retiro
ansiaba escucharla yo.
Yo triste vertí mi lloro,
cuando ya en poder del moro
deshonra y muerte temí:
y de estancia tan desierta
me pensaba salir muerta,
y pura y viva salí!
En medio mi desconsuelo,
un angel mandóme el cielo
que burlara á Belcebú.
Y ese ángel, que velaba
por la que triste lloraba,
¿Quién pudo ser, sino tú?
Tú, á salvarme te arrojaste;
tú, luego me libertaste
de mi cautiverio atroz:
tú, Alfonso, por tus amores,
te espusiste á los rigores
del moro altivo y feroz.
Tu amor puro te impulsaba:
el peligro despreciaba
tu pecho que amor sentía.

Mi salvador, mi consuelo,
eras tú: yo, sin recelo...
te entregaba el alma mia!...

ALFONSO. Te escucho, y mi amor se acrece!
la dicha casi enloquece,
y trastorna mi razon:
que al oirte, criatura,
ya respira, de ventura
henchido mi corazon!
Jamás hube yo anhelado,
mas que verme de tí amado,
tu sonrisa contemplar.
Apenas te he conocido
mi sola ambicion ha sido
á mi Hormesinda agradar.
Cuando miro á los infieles
sobre fogosos corceles,
me digo... «fuerza es vencer:»
y me lanzo al enemigo:
Y alegre si venzo, digo...
«mi triunfo podrá ella ver!»
Que si acaso alguna gente
te dice que fuí valiente,
fué por la patria, y por tí!...
Por lograr una mirada
de la bella enamorada
que adoro con frenesí!

HORMESINDA. ¿Y tal deseo te inspiro?
¿no sabes que yo te miro
sin que vengas vencedor?

ALFONSO. Cierto es, Hormesinda hermosa,
mas pienso que alguna cosa
venciendo, alhago tu amor.

HORMESINDA. Se alhaga, sí!... Ciertamente!
El laurel sobre tu frente,
me embelesa; Alfonso mio!
Cuando el pueblo os victorea,
el placer que me recrea
me parece un desvario,
(Pelayo *al fondo escucha*).

¿No he dicho ya, que soñando
ha poco, estuve mirando
que con mi hermano partió,
porque su valor le abona,
otro jóven, la corona
del triunfo, que el pueblo os dió?
Pues si aquí ninguno ha habido
que bravo cual tú, haya sido,
poco tiene que entender.
Anoche en mi grato sueño,
á tí fué, mi dulce dueño
á quien pude amante ver.

Escena IX.

Dichos, y Pelayo.

PELAYO. Ya Hormesinda presumia
cuando el sueño me contaste,
al mirar que te turbaste
al oir la pregunta mia,
que era Alfonso aquel valiente
que á tu mente se ofreciera,
con quien yo alegre, partiera
la corona de mi frente.
Os he podido escuchar:
y aunque haya sido indiscreto,
por amaros en secreto
me debiera yo quejar. (*A Alfonso*).
¿No inspiro yo confianza
para decírmelo?.... di!
O no esperabas de mi
que cumpliese tu esperanza?

ALFONSO. Pelayo, escúchame: ausente
te encontrabas de Gijon,
cuando entró en mi corazon
el fuego de amor vehemente.
Cuando en la cueva nos vimos,

no estábamos para amores:
á los peligros mayores
todos juntos acudimos.

PELAYO. No convence la disculpa:
en tal secreto guardar
Hormesinda pudo errar,
y en tí tambien hallo culpa.
Y por mas que seas amigo,
por verte tan reservado
estoy contra tí indignado,
y te preparo un castigo.
Esto Hormesinda te abate?...
El castigo que te doy,
es tu mano, como hoy
no sucumba en el combate.

HORMESINDA. Gracias!... Gracias!....

ALFONSO. Bien Pelayo!
Sí, marchemos á lidiar...
nadie ha de verme cejar;
mi espada herirá cual rayo!...
Por mi patria y por mi amor
lidiaré con valentía,
y me lanzaré este dia
en el peligro mayor.
Y si no muero, despues
me verán mis campeones,
traer morunos pendones
para alfombra de sus pies!...

PELAYO. Pues bien, Alfonso, á lidiar!...
el moro se acerca aquí;
ya sus alquiceles ví
desde el muro: vá á llegar!
Al verlos mis buenos godos,
no he tenido que ecsortallos,
las armas y los caballos
estan disponiendo todos!

Escena X.

Dichos, Teofredo, Clodovinto, Veremundo, Leandro, guerreros.

CLODOVINTO. Ya el árabe nos lanza sus saetas,
á la lid furibunda nos provoca,
y los nuestros, defienden desde el muro
la entrada. (*Se oyen atabales y trompas guerreras*).
PELAYO. Bien!... Marchemos sin demora!...
Observando tan solo en las miradas
de vosotros, la ira que rebosa,
se conoce que ansiais la lucha fiera,
por conseguir la muerte ó la victoria.
Vamos, pues, á lidiar!...
TODOS. Vamos, Pelayo!
PELAYO. ¡Ya miro á los infieles en derrota!...
quien manda unos soldados cual vosotros,
con certeza camina á la victoria!
(*Se oyen las trompas y atabales de tiempo en tiempo como si el comb[ate] fuera muy cerca.*)

Escena XI.

Hormesinda *y* Alvida.

ALVIDA. ¿Qué ha pasado Hormesinda?.. Esos clarines
me han asustado, amiga!
HORMESINDA. Pues ignoras
que el moro se acercaba? No lo oiste
decir á Clodovinto?.... En esta hora
van á batirse: y mi querido hermano,
y mi Alfonso adorado, tal vez corran
en busca de los moros para el triunfo;
para alcanzar valientes la victoria,
y alcancen combatiendo á los infieles

el derramar su sangre generosa!

ALVIDA. En verdad, cara amiga, que este estado,
esta duda fatal que te devora,
es cruel: pero debe consolarte
que así como al lidiar en Covadonga
siendo menos, sin armas, sin caballos,
vencedores lleváronse la gloria,
así verás tambien, en ese encuentro
como al moro, valientes, le derrotan,
y vuelven otra vez á nuestro lado
entre el marcial sonido de las trompas,
entre los gritos del alegre pueblo,
que á ser libre otra vez por ellos torna!

HERMESINDA. Es cierto, cara Alvida: esa esperanza
me alienta solo. ¡Quien fuera animosa
con lanza en mano y con bridon fogoso
para ayudarles á vencer las tropas
de esos viles infieles!... Esos monstruos
que se llaman los hijos de Mahoma?

ALVIDA. No es menester aun que las mugeres
espada empuñen, ni se vistan cota:
que á los pocos guerreros de Pelayo,
fuerzas, valor y decision les sobra.

Escena XII.

—

Dichas y Veremundo.

HERMESINDA. Que sabeis del combate Veremundo?

VEREMUNDO. Del combate, Hormesinda, poca cosa:
mi caduca vejez, mis muchos años,
para empuñar la lanza ya me estorban,
de modo, que no puedo á mis hermanos
ayudar á batir la gente mora:
al verlos caminar á la pelea,
como saber del caso tanto importa,
á la torre subí, de donde he visto
la salida que hiciera nuestra tropa.

Los moros altaneros, esperaban:
Pelayo sin temor á ellos se arroja,
y el muy valiente Alfonso de Cantabria,
á su lado, tambien cabezas corta:
la lucha encarnizada está, de suerte
que todos se disputan la victoria:
no apartaba mi vista del combate;
mas los bridones que en la lid retozan,
densa nube de polvo levantando,
distinguir los objetos nos estorban.

HORMESINDA. Y no sabemos nada... ¡Dios eterno!
acaso en la batalla asoladora
perezca alguno que nos interese.
Leandro, Alfonso... Pelayo!... yo estoy loca!
Teofredo, Clodovinto: esos valientes
restos tan solo de la raza goda,
que si no es por su arrojo y valentía
la patria vacilante se desploma.

VEREMUNDO. Un guerrero se acerca apresurado
con un brazo vendado y sin manopla.

HORMESINDA. Parece Clodovinto?... Sí, no hay duda!
¡Si será de los moros la victoria!

Escena XIII.

Dichos, Clodovinto, *herido.*

HORMESINDA. Herido vienes, Clodovinto?

CLODOVINTO. Cierto!
Ha sido en este brazo: poca cosa!
Por esta herida que me hicieron ellos,
van algunos camino de la gloria!

VEREMUNDO. ¿Habeis sido vencidos?

HORMESINDA. Dilo pronto!

CLODOVINTO. No lo podré decir: la gente goda
salió del pueblo, y prevenida estaba
esperándolos ya, la raza mora;
el caso de lidiar, ya lo anunciaban

en el campo los ecos de las trompas:
relinchan los fogosos alazanes,
y las lanzas despues se miran rotas.
El poderoso brazo de Pelayo
y el del valiente Alfonso, hieren, cortan!
En medio del tropel, dirige Alfonso
la vista á un peloton de gente mora,
y mira que ondeando se ostentaba
sobre ellos el pendon ó banderola:
y diciendo á Pelayo... «Lo ofrecido
»he de cumplirlo ó bajaré á la fosa,»
pica al caballo, y al tropel se lanza:
los moros al mirarle se alborotan;
Pelayo que le sigue y que le ayuda
á los infieles bravo los acosa.
Los godos que tal ven, todos al sitio
donde Alfonso combate se amontonan:
éste encontrarse cara á cara, al cabo,
con el que lleva la bandera logra;
con una mano le atraviesa el pecho,
y coje la bandera con la otra.
Ceden algo los nuestros: los infieles
en nueva acometida se recobran;
recibí en este brazo una lanzada,
y no pude seguir la lid furiosa.

VEREMUNDO. ¡Pobre patria de hoy mas, si son vencidos!...

GOMESINDA. ¡Y el cielo á esos leales abandona!

(*Se oye música militar hasta la salida de* Pelayo: *voces de viva el héroe*).

VOCES. Viva Pelayo!

TODOS. Viva!

GOMESINDA. ¡Buen Dios, gracias!...

VOCES. Que viva Alfonso!...

CLODOVINTO. ¿Lo escuchais, Señora?

VEREMUNDO. Entre los vivas del alegre pueblo
que al verlos vencedores se alboroza,
se encaminan aquí nuestros guerreros
ostentando el laurel de la victoria!

UNA VOZ. ¡Viva el Rey vencedor! ¡Viva Pelayo!...

Escena ultima.

Hormesinda: Alvida: Veremundo: Clodovinto: Teofredo: Pelayo: Alfonso *con una bandera enemiga*: Leandro: Godos: *Hombres, mugeres chicos del Pueblo.*

ALFONSO. A vuestras plantas, Hormesinda hermosa,
cumpliendo como debo mi promesa,
humillada teneis la enseña mora:
Munuza os tuvo presa cual esclava;
y muy justo será que desde ahora,
tengais para venganza de ese ultrage,
la bandera moruna por alfombra!

PELAYO. Alfonso: combatiste como bueno,
y has ganado la mano de tu esposa.

HORMESINDA. ¡Gracias, hermano!

ALFONSO. Amigo: gracias, gracias!..,

ALVIDA. La ventura Hormesinda, al fin se logra!

PELAYO. Un puñado de intrépidos guerreros
renovamos las ya pasadas glorias,
y el furor y el poder del arabesco
hemos deshecho al fin!.. ¡Ya huyen sus hordas!...
La bandera que Alfonso de Cantabria
hoy arrebata de esa gente odiosa,
de estímulo nos sirva, compañeros!...
La union que hemos tenido no se rompa!
Siempre lidiemos, cual lidiar supimos!
húndase el yugo que á la España agovia!
Y cuando allá en los siglos venideros
los españoles lean nuestra historia,
una página hermosa hallarán siempre
recuerdo eterno de tan alta gloria...

FIN DEL DRAMA.

Los representantes de esta Galeria, son los Señores que á continuacion se espresan.

D. Antonio Cordero.	*Almeria.*
D. Juan Muro.	*Algecira.*
D. Pablo del Pino y Mora. . . .	*Aguilar de la frontera.*
D. José Marcili.	*Alicante.*
Sres. Llorens hermanos. . . .	*Barcelona.*
D. F. Arjona.	*Cádiz.*
D. Antonio Crivell.	*Ceuta.*
D. Rafael Arroyo.	*Córdoba.*
Sres. Astudillo y Garrido. . . .	*Granada.*
D. José Salas.	*Jerez de la frontera.*
D. Francisco Delgado.	*Lorca.*
D. Manuel Romeral.	*Madrid.*
Sres. Delgados hermanos. . . .	*Idem.*
D. Fermin Guirao.	*Murcia.*
D. José Moreti.	*Ronda.*
D. Juan Antonio Fé.	*Sevilla.*
D. Eusebio Garcia Ochoa. . . .	*Toledo.*
D. Juan Bautista Gimeno. . . .	*Valencia.*

En los demás puntos del reino cobrará el derecho de representacion, los Sres. representantes de la Galeria Dramática de los Señores Delgado Hermanos.